

de un ser vivo, que se extrovierte por medio del arte del novelista, aunque en la realidad es un introvertido sin remedio.

Como en las obsesiones de los sueños. Demian para el pequeño héroe, va, viene, se aleja y desaparece en absoluto. Pero su espíritu está vivo, presente y sensible, en el otro espíritu en donde penetró. Es como un símbolo que hace el genial novelista para demostrar hasta qué punto un espíritu fuerte es el dueño del destino del mundo.—LUIS DURAND.



«RECABARREN O EL LÍDER DE SUDOR Y ORO», de *Antonio de Undurraga*.—Editorial Cultura.

El Romancero con entronque popular o histórico ha tenido en nuestro parnaso pocos cultivadores felices. Los poetas cultos no se han vertido en este verdadero género literario que tuviera sus orígenes en la España juglaresca. Entraña su medida y contenido dificultades que son arduas de salvar, exigiendo de parte del poeta una considerable familiaridad con el metro corto y una real predisposición espiritual hacia los motivos de raíz folklórica. Pudiera afirmarse que el romancero es una composición poética que se alimenta y vive de los aires y sales que pertenecen al río vivo que es el pueblo. Y necesario es distinguir el romance del Romancero. Aunque en cierta época no muy lejana nuestros jóvenes vates se sintieron cogidos por la marea ultramarina de los versos octosilábicos, no incidieron en un cultivo de los campos feraces de la tradición o del verídico rostro de nuestro pueblo. Su estación en nuestras letras fué un mero pintoresquismo, una inmersión en la pileta de la moda que, hay que reconocerlo, dejó algunas muestras de finura y calidad. Uno que otro intuyó la puerta vital y en relumbre de metales históricos o populares se aventuró a romancear para el Romancero. Porque habría que afirmar que los chilenos ya tenemos nuestra caja de valores donde guardamos y resguardamos el

acervo de nuestras versiones octosilábicas. Destácase el «Romancero del Guerrillero, de Bórquez Solar, vernacular cisterna en la que hay que beber el agua mejor de nuestro pasado. Préndez Saldías forja en acerados moldes sus bajorrelieves populares; quien lo niegue puede leer, entre otros, su romance «Emilio Cortés». Nicanor Parra se apresuró también a rasgurar arpa de pueblo. Ultimamente Luis Merino Reyes vació en molde popular la silueta de don José Manuel Balmaceda. Ahora lo hace Antonio de Undurraga con su «Recabarren o el líder de sudor y oro», libro sobre el cual nos toca decir algunos conceptos proximistas.

Antonio de Undurraga no diluye su peculiar acento poético en el difícil fluir del romance. Esa difícil facilidad, que es difícil en cuanto gestión creadora de dominio técnico y facilidad en cuanto regustamiento del lector, no constituye pie forzado para que de Undurraga pierda su paso y sea un poeta distinto al cual es. Muy por el contrario, el romance escuchado en la lira de este poeta nos sabe a sabroso mosto chileno, licor de lagar chilénísimo entregado en odres que llevan marca de fabricación. «Viñas de Antonio de Undurraga».

¿Y Luis Emilio Recabarren? Bueno, el romancista, que es poeta por la gracia de su temperamento, talla a golpes de mar una imagen que bien pudiera ser objetada por los históricos tinterillos del dato más o el dato menos. Interesa conocer «en la casa de las musas poesías» lo que es digno de habitar tras sus ventanas. Lo demás es cuento y recuento de bibliotecarios apergaminados. La libertad campea por su lado de la interpretación y agarra surcos por el lado de la biografía, y que es lo más que se le pudiera exigir a un creador de las alas de cielo abierto como es el autor de «La siesta de los peces».

Divide el poeta su romancero en ocho partes, a saber: Año 1891, La boda, Tocopilla, La cárcel y la Cámara de Diputados, Buenos Aires y Europa, La amante y don Malaquías, Cielito lindo y Rusia y la muerte. Cada parte es un hito marcador

en la existencia del prócer obrero. El total lo constituyen 1800 versos de novedoso cuño y con innumerables recursos de buena ley que destacan rasgos salientes de la personalidad de Recabarren.

El octosílabo, en general, se comporta con gracia y desenvoltura; menudean los giros de extracción popular que, sabiamente introducidos, dan al romancero un color de patria vieja en traje nuevo. En «La boda», por ejemplo, Antonio de Undurraga ensaya con logrado buen éxito una interpretación de nuestro baile popular, la cueca, desde un ángulo no intentado en nuestra literatura. El propio romance es adaptado al tono bravío y chispeante de la danza nacional con una propiedad de conseguido verismo. No es la cantata en torno a la cueca sino la cueca misma surgiendo de los versos como una robusta moza de pintado percal.

Adquiere suma dignidad la voz del poeta cuando hace hablar a su personaje. La medida y la ponderación, altas cualidades de verdaderos conductores de pueblo, aparecen singularmente anotadas, realizadas en las intervenciones verbales del «líder de sudor y oro». De la quinta parte sacamos, al azar, estos versos:

«Estrella muerta de frío
—cabal dice Recabarren—
es todo obrero sin tino
que ante el burgués se arrodilla.
Permitidme ser un río
que su desembocadura
cruel lleva al lado argentino.
Con su camisa de escamas
y harapos de rancios filos,
en todo sitio del orbe
el proletario es el mismo.
Seré un delta con dos brazos:
un brazo todo argentino,
el otro todo chileno
y ustedes: agua del río».

Aun cuando no se nos pasan por alto ciertas durezas rítmicas, el tono general del libro es adecuado a la naturaleza prosódica que es inherente al romance. El oído, en tratándose de esta peculiar medida métrica, se nos ha acostumbrado a estaciones acentuales con cierto rigorismo musical que la lectura del libro de «Recabarren» rompe con desenfado, liberándonos del adocenamiento y monotonía que suelen petrificar el verso y a su lector.

Creemos que Antonia de Undurraga ha salido airoso de la empresa, que se afina en un acendrado amor por lo chileno. El poeta ha ganado un lauro más en su arribo de perseverante creador y nuestro pueblo, un valioso documento que canta a uno de los suyos.—ALTENOR GUERRERO.



ALMA Y CUERPO DE CHILE, por *Luis Durand*. Editorial Nascimento, Santiago, 1947

Con «Alma y Cuerpo de Chile», Luis Durand nos entrega once libros.

Ninguno de nuestros escritores ha logrado, como Durand, pintar con mayor belleza y ternura el cuerpo y el alma de Chile. Dueño de una delicada sensibilidad, ha conseguido pintar nuestro paisaje con pinceladas maestras. Los personajes de sus cuentos y novelas son chilenísimos.

Luis Durand es el escritor del sur de Chile. Los personajes de sus cuentos y de sus novelas, viven desde Chillán al sur, y el escritor que ha nacido y vivido en esa hermosísima región, regala a sus lectores la más exacta y hermosa descripción del panorama fronterizo chileno.

En verdad, como el mismo Durand lo reconoce, hasta ahora no se ha logrado la obra literaria de creación que comprenda la pintura y descripción de la totalidad del paisaje chileno. Nuestra larga y angosta faja de tierra, comprende todos los tipos de pa-